

Roberto Kanters

Introducción a la lectura de D. H. Lawrence



A obra de Lawrence es, sin duda, la sola obra literaria de «entre dos guerras» que nos hace respirar la atmósfera del genio. Ello se debe a la perfección artística que logra en algunas de sus partes; más aún, a la fidelidad constante del autor, en su obra y en su vida, a determinadas intuiciones esenciales. Este hombre ha conocido nuestros males y nuestras miserias, y es el único que ha sabido proponer con insistencia y calor una nueva concepción de la vida, una utopía regeneradora, una modificación de nuestro corazón más bien que de nuestras costumbres.

No es, sin embargo, un filósofo, y quisiéramos no emplear, al hablar de él, un término tan ambicioso como el de «filosofía», o una expresión quizá demasiado envilecida como la de «mensaje». No, no es un hombre que haya poseído un sistema; es un hombre que tuvo ideas y esas ideas se encuentran en toda su obra: en sus poemas, en sus novelas, en sus ensayos. Pero incluso en sus ensayos, que se aproximan más a elucubraciones doctrinarias, es indispensable habituarse a la manera de escribir y de exponer de nuestro autor. Un ensayo no es nunca en él una disertación racional, sino una especie de rapsodia lírica en la cual el pensamiento trata más bien de asombrar y violentar que de

progresar dialécticamente. La mayor parte de los ensayos de Lawrence no conducen a ninguna parte, pero aprisionan una verdad vital, comunicándonos su calor y su irradiación. Se advierte cómo el discurso se desenvuelve de una manera sinuosa y las imágenes se engendran a la buena de Dios. Pero si evocamos el conjunto de páginas que acabamos de leer tendremos que convenir en que hemos recibido con ellas algo, una especie de choque en alguna región profunda del pensamiento—estábamos tentados de decir con Lawrence, un golpe en el plexo solar—. El estilo que utiliza el escritor es una extraña mezcla de lirismo y familiaridad burlona, un estilo que, más que expresar el pensamiento, nos adhiere a él. Este estilo puede parecer chocante a un espíritu «cartesiano», pero si exige un esfuerzo éste nunca es estéril.

Nunca es estéril para nosotros, los hombres de hoy. La mayor parte de esta obra es de hace una veintena de años y las intuiciones esenciales que la nutrían animaban el pensamiento de Lawrence desde hacía tiempo—antes de la primera guerra mundial. A pesar de ello estas intuiciones son válidas; las ideas de Lawrence son verdaderas y su palabra necesaria. La primera guerra mundial fué una dura prueba para él, pues le hizo sentir la incompatibilidad fundamental que existía entre su concepción del hombre y la implicada en el mundo moderno. Terminada la guerra Lawrence ha visto bien que no por ello la incompatibilidad desaparecía. Si, a favor de un plazo que no debería haber tenido fin, el destino del mundo se aplazó provisionalmente, fué, en todo caso, de una manera superficial, puesto que nadie o casi nadie se atrevió a revelar la enfermedad principal que reducía a ese mundo a la agonía y mucho menos probó a curarlo. Después nuestro enfermo ha sufrido un segundo ataque. Es decir, en vez de sanar se encuentra mucho más grave. La palabra de Lawrence no ha perdido, pues, actualidad. Pero la esperanza de que esa palabra sea oída provechosamente por el mundo moderno, ese hemipléxico obstinado, ha disminuído.

* * *

Lawrence se piensa a sí mismo y piensa al hombre como un ser viviente. Para él la determinación primera es una determinación de hecho que sería imposible e insensato no tener en cuenta. Acabamos de decirlo: es un artista y no un filósofo, y no interesa el tratar de aplicarle una etiqueta como la de vitalismo. Intentó Lawrence leer a Bergson y se aburrió. Su confianza en la vida es animal, instintiva. Será preferible citar sus mismas palabras, escritas en una carta dirigida en enero de 1913 a Ernest Collins:

«Mi gran religión, decía, consiste en creer que la sangre, la carne, son más sensatos que la inteligencia. Nuestro espíritu puede equivocarse. Pero aquello que la sangre siente y cree y dice, es siempre verdadero... Yo concibo el cuerpo del hombre como una especie de llama, como la llama de una bujía, siempre recta y dinámica; la inteligencia no es otra cosa que la luz proyectada sobre las cosas que la rodean. Me preocupo muy poco de esas cosas... Ahora bien, la misteriosa llama, que se mueve eternamente, venida Dios sabe cómo y de dónde, vive por sí misma sin tener en cuenta lo que hay a su alrededor ni lo que ilumina...

Hay ya ahí una línea de vida y la crítica de una línea de vida, una imperiosa llamada a sí mismo y desdén por la inteligencia. El conocimiento se hace por medio de la sangre, de la simpatía. Todo lo que es estrictamente intelectual carece de valor e importancia. A nosotros nos corresponde, pues, escuchar la voz de nuestra sangre y hacer callar las otras voces. Ahora bien, casi todo, en la civilización en que vivimos, contribuye a hacernos tomar la actitud directamente opuesta, a apartarnos del yo vital en beneficio de una construcción intelectual, frecuentemente exterior y abstracta.

La crítica de Lawrence conduce, ante todo, a las formas ordinarias del conocimiento intelectual y, especialmente, a la ciencia. No olvidemos que su formación intelectual es de 1900-

1914, es decir, un período en el cual el cientifismo es todavía virulento y en que el mito del progreso material se manifiesta con una euforia y un optimismo beatos. La devaluación de la ciencia como valor cardinal de la ética individual o social no era todavía un hecho cierto. Faltaba mucho aún. Lawrence sentía necesidad de debilitar este ídolo. Su desprecio por la ciencia alcanza, por lo demás, lamentables excesos. Su obra contiene, parte en broma, parte en serio, no sólo una psicología, sino una fisiología y una cosmología que no debemos tomar a la letra. M. Huxley ha referido los odios de Lawrence contra determinadas teorías científicas, como la de la evolución. La parte humorística o errada en él está en su resistencia a admitir la jurisdicción de la ciencia en el dominio material, que le corresponde por entero. La parte de verdad está en no admitir una actitud pancientífica. Su crítica no es, por otra parte, muy elaborada ni muy original. El recoge la oposición tradicional entre el ser y el conocimiento: «Cuánto más sabéis, menos existís», dirá. «Saber y ser son antagónicos». El conocimiento supone, en efecto, una actitud de retirada o de reserva. Sólo es posible manteniendo la distinción del ser que conoce y del objeto conocido. La existencia, por el contrario, supone la simpatía y la indistinción. Igualmente, el conocimiento sólo es posible por y en la abstracción: ésta simplifica, esquematiza, empobrece. Trata de establecer un contacto entre el mundo y nosotros, pero no podemos obtener de esto ninguna ganancia puesto que el mundo, que el conocimiento intelectual nos presenta ha sido ya «tratado» y «disecado». Todo esto es muy poco original, así que no nos detendremos mucho en ello. De la misma manera, Lawrence puede muy bien seguir los razonamientos contra la ciencia, alegando su incapacidad para asegurar la felicidad de los hombres. Nada más fácil, en un mundo de guerras, de crisis económicas frecuentes, para este hijo de minero, criado en el sudor, el carbón y la miseria, que esa condenación. Lawrence añade, muy justamente, que ese conoci-

miento intelectual es tan inhumano, que de hecho es inaccesible a la mayor parte de los hombres.

El vicio radical de nuestra política y de nuestra cultura estriba en tener en cuenta a la masa que tiene acceso a ellas por el hecho de saber leer y escribir, pero que, prácticamente, no conseguirá nunca un mínimo conocimiento del mundo. Es necesario tener cierta valentía para compartir estas ideas de Lawrence. Pero incurriríamos en mala fe si no reconociéramos lo bien fundado de sus argumentos. No se le acuse de aristocratizante y despreciador del pueblo, puesto que si reconocemos que el pueblo no es capaz de conocimiento intelectual, ello no descalifica al pueblo, sino al conocimiento intelectual. Lawrence habría repetido, sin duda, con Pascal (y con Bernanos) que las opiniones del pueblo son sanas. Lo odioso es la confusión mental fomentada por una falsa intelectualidad; lo odioso es esa clase de individuos que ha hecho acallar su facultad de conocimiento indistinto porque creen equivocadamente haber alcanzado el conocimiento racional. Nos referimos a los pedantes, los amanerados, los pseudo-sabios y los medio-muertos. Parece como si el ideal de nuestra civilización fuera la producción en serie de Bouvard y de Pécuchet. ¿Es éste, por ventura, un signo de salud?

Dicha corrupción del conocimiento corresponde, en efectivo, a una corrupción del amor. Recordemos que Lawrence tenía dieciséis años a la muerte de la reina Victoria. Pudo encontrar todavía, por lo tanto, en las costumbres y en la literatura, una concepción del amor, idealista y sentimental, que hoy nos parece bastante lejano.

Ahora bien, yo no veo que la evolución se haya efectuado en el sentido deseado por Lawrence. El amor, para él, es una imposición de la sangre. Reposo en el acorde de la sangre con la sangre, sobre una simpatía física. Por lo demás, no existe otra clase de simpatía. Cuando se trata de hacernos creer que hay otra, se quiere confundir el juego y se nos aleja de la verdad humana. Cierta carta de Lawrence a Brett sobre la pretendida



posibilidad de una amistad entre el hombre y la mujer, nos parece muy justa y categórica. Incluso entre hombre y hombre no existe afinidad sin un mínimo acorde físico. Hacer del amor una construcción puramente sentimental es engañarse inútilmente. Se puede llegar a Ternura-sobre-Estima o a Ternura-sobre-Agradecimiento. Pero sabemos muy bien, y tengo la seguridad de que Mlle. de Scudéry habría opinado como nosotros, que Ternura-sobre-Inclinación es la sola capital de el amor. Se me dirá que todo eso está ya superado y que ahora amamos de distinta manera. Es posible que el amor ingenua y falsamente intelectual se encuentre hoy sólo en las páginas de las «Veladas aldeanas» y en las novelas para *midinettes*. Lo que no deja de atestiguar el papel que esta concepción juega todavía en el pueblo. En las clases sociales y en la literatura de un nivel superior el desdén por el amor sentimental me parece señalar, no la preferencia por el amor natural, sino más bien el predominio del amor intelectualizado. La unión física no es ya el final de un largo proceso sentimental, el último paso de un rito complicado. Se ha transformado en un acto de importancia mínima, es decir, exatadamente lo contrario de lo que Lawrence deseaba, puesto que esa unión es para él el acto capital por excelencia.

En suma, si queremos ser fieles a la intuición fundamental, que es la intuición de nuestra sangre, debemos rechazar todo aquello que es conocimiento exterior y amor falsificado, todo aquello que no nos enlaza con nuestra humanidad primitiva. Naturalmente la crítica, llevada a dos formas principales de nuestra relación con el mundo, puede extenderse a las demás. Las exigencias sociales y políticas están mal fundadas todavía, así como las amputaciones que se quieren realizar en la libertad individual en nombre de reglas y deberes colectivos. En otro plano, el arte también aparece gravemente comprometido por las actitudes de idealización. Le resulta difícil ser verdadero en un mundo en que todo es falso. Si toma como tema la pintura del hombre, no logra encontrar jamás al hombre bajo sus vestidos y

apariencias. En el dominio de la novela, por ejemplo, no son solamente las formas tradicionales las que aparecen agotadas;; la misma psicología es superficial y falsa. Lawrence se distinguirá, no por la forma del molde novelesco, sino por la pasta que deposite en él.

En fin, la miseria del hombre moderno está en el hecho de haber olvidado en todos los dominios que es un hombre vivo. No mantiene contacto con el mundo, ni con sus semejantes, ni consigo mismo, por cuanto ha obstruído la vía de comunicación con su fuego central. Está solo y se ahoga en medio del mundo artificial creado con sus propias manos. En cierto modo, y si el término no estuviera cargado de resonancias extrañas a la corriente del pensamiento tratado aquí, se podría decir que Lawrence preconiza el angelismo contemporáneo. Pero prefiere tomar sus comparaciones de nuestro mundo: «Desde el punto de vista vital—dice—la raza humana está agonizando. Se parece a un gran árbol caído que tuviera sus raíces al aire. Es indispensable replantarnos en el universo». Es necesario escuchar nuestra sangre. Y nunca la oiremos mejor que en el amor.

En la base de la parte constructiva de la obra de Lawrence está su erotismo. Se ha hablado mucho de ello con exaltación y reprobación, pero no sé si se ha hablado con justicia, por cuanto los comentadores de la obra de Lawrence, *experto crece*, son siempre intelectuales que no se resignan a dejar de construir, por encima o por debajo de las afirmaciones del autor, edificios que probablemente éste no habría querido habitar. No creo que se llegue a la comprensión de su última novela si se ve en ella obscenidad o pornografía; o mejor, si nos negamos a ver, con él, una «tierna novela fálica». La fisiología simbólica de Lawrence repudia, desde luego, el cerebro, órgano del conocimiento intelectual y el corazón, órgano del amor sentimental, reemplazándolos por el plexo solar y por el falo. Es muy fácil decir, *a priori*, que la degradación de los centros vitales es significativa. Es indispensable mirar de más cerca. Lawrence ha consa-

grado un libro completo al plexo solar (*Fantasia del Inconsciente*) y muchas páginas y después un libro entero al falo (*Lady Chatterley*). Tratemos de comprenderlo. Si debemos replantarnos en la vida, tendremos que desconfiar de los centros nerviosos superiores para escuchar preferentemente a los que nos atan a la vida vegetativa: sistema del gran simpático y plexo solar. Llevaremos también nuestra atención a ese cantón privilegiado de nuestro cuerpo que nos parece con frecuencia dotado de una vida particular, de un instinto que nos supera en duración y en delicadeza; sobre el sexo, en definitiva, instrumento de exaltación y continuidad.

Evidentemente hay en nuestro autor un puritanismo reprimido que con frecuencia da libre curso a sus más *impudicos* sueños. Y a veces nos sentimos molestos o alarmados por los excesos e ingenuidades de sus prédicas fálicas. Pero este aspecto, estos excesos, no son muy importantes. Se pueden explicar por razones de época, incluso por consideraciones sobre la vida sexual íntima de Lawrence, en la cual no podemos aquí detenernos. Lo que importa es que en el pensamiento de Lawrence el acto sexual es algo privilegiado, no porque esté en la cima de una tensión del individuo, sino porque corresponde a un abandono particular de éste, a una tregua, a un olvido de sí mismo, a un contacto, a una comunicación con el gran flujo vital del universo. El amor físico, logrado sin complicaciones intelectuales, sin restricciones, sin mentiras, que desdeña en el goce todo lo que no es él mismo, es el único acto incapaz de engaño. Es el «cogito» en el plano de la vitalidad, la piedra angular de la salud. La adoración de lady Chatterley por el sexo de su amante sólo produce asociaciones impuras en el mundo espúreo del amor extraviado. En realidad, desde el punto de vista vital, es un acto puro, como es pura la emoción de la heroína de Saint Mawr ante el sexo del semental. Lo que debemos evocar aquí no son las imágenes de alcoba, sino las más viejas creencias priápicas de la humanidad, algo que se sitúa en un clima religioso, sombrío

y cálido, cuya nostalgia hacía soñar a Lawrence con los aztecas o con los etruscos.

Y puesto que este acto no puede engañar, si somos fieles a su revelación marcharemos por el camino de la verdad. Para ello lo primero que tenemos que rectificar es la relación entre el hombre y la mujer. En la unión con la mujer el hombre encuentra la posibilidad de encontrar la verdad y la paz; en la unión con la mujer toma contacto con la vitalidad. La mujer es, en suma, para él, una compañía indispensable y aún más que esto, una conductora, una otorgadora. Ella le abre el camino hacia el retorno a una vida supraindividual. ¿Se trata de la vuelta a la madre y a la vida prenatal? En un sentido, sí, pero con la condición de hacer alto antes de reducir la obra de Lawrence a una simple realidad que ilustre las teorías de Freud o de Jung. Lawrence ha rebasado ese estadio y ha tratado de llegar más lejos. Las más bellas páginas de «*La serpiente emplumada*», las más bellas y profundas tal vez de las escritas sobre el aspecto femenino del amor, demuestran que lo ha logrado. Entre el hombre y la mujer se ha establecido un intercambio total, una equivalencia completa del toma y da, lo que constituye la puerta del mundo nuevo. Así logramos descubrir la unidad de la sangre y que todos estamos sumergidos en un río común de esa sangre. Hacer el amor no es conocer a un hombre o a una mujer, a pesar del sentido bíblico de la expresión, ya que, precisamente en el acto del amor, en la individualidad del hombre y de la mujer se evaporan. Hacer el amor es conocer a Dios. La primera condición, la primera y tal vez la más necesaria, es pues, la reforma del amor. Hay que liberarlo de consideraciones sentimentales o intelectuales, retrotraerlo a la auténtica riqueza de la sangre y de la vida. En el vocabulario de Lawrence esto se expresa diciendo que es indispensable sustituir la conciencia sexual, blanca y nerviosa, por una conciencia fálica roja y vital. Así el hombre se repondrá en su categoría propia y las relaciones del hombre y de la mujer en la categoría universal.

Pero esta reforma, este retorno a Priapo, sobrepasa en mucho el dominio del amor sexual. En primer lugar, influiría en las relaciones entre hombre y mujer. Sería curioso realizar un estudio sobre la amistad, en lo que respecta a Lawrence, examinando las parejas de hombres que aparecen a menudo en sus novelas, como en *Mujeres amorosas* y especialmente en *La vara de Aarón*, y por otra parte sus relaciones amistosas con Murry y otras personas. Comprobaríamos fácilmente que la amistad era para él un sentimiento de capital importancia. Creía profundamente en la amistad de hombre a hombre, en su vinculación inviolable. «Pero nunca he encontrado o formado una tal amistad», escribía a Katherine Mansfield en una carta, cuando tenía treinta y tres años... Esa amistad la concebía tal vez, de hecho, como la tiranía de un espíritu sobre otro. Sea como fuere, no debía basarse, según él, en el acorde intelectual, sino en una oscura y profunda simpatía, en una simpatía física, sin nada que la turbara, y finalmente, sobre una especie de resonancia fálica de sangre a sangre. Lo que quiere Lawrence es apartar la falsa amistad, la camaradería indiferente, ese conjunto de relaciones humanas que sabemos ficticias y sin importancia, porque si observamos atentamente comprobaremos que nuestra soledad interior no ha sido jamás afectada ni suavizada. Al final de esta revolución, el vocablo amistad no será un vocablo vacío de sentido, ni la palabra fraternidad nos parecerá ridícula.

Si tratamos de someter así las relaciones individuales a la regla de oro de la fidelidad a la sangre, poco a poco el rostro mismo de la sociedad se irá transformando. Para Lawrence, artista individualista por excelencia, las obligaciones sociales eran molestas. Sabido es la pesadilla que la guerra constituyó para él. Pero al mismo tiempo nada ha sido más constante en su vida y en su obra que el deseo de formar con algunos elegidos la primera célula de la sociedad nueva. Sociedad libre y fraterna, basada únicamente en la simpatía, en la fidelidad de cada uno al lucero de la mañana, modelo de la sociedad auténtica. Ciertamente es que

Lawrence sabía bien que, incluso si lograba fundar esa primera célula y la hacía perdurar, el mundo no se transformaría de la noche a la mañana. Mas la instauración de una comunidad natural podía ser el germen de una comunidad apostólica. Para el mundo presente, se podría encontrar en las opiniones de Lawrence los elementos de una política provisional. Política nada democrática en el sentido ordinario, desde luego. Cuando la instrucción obligatoria es un artículo constante del credo democrático contemporáneo, Lawrence sugiere cerrar las escuelas, todas las escuelas. Ellas forman seres sin contacto con las fuentes de la vida, o con su propia vitalidad, ni con el conocimiento intelectual. Al clausurar las escuelas se dará al pueblo su mejor posibilidad, puesto que se le devuelve a lo natural y, finalmente, a la sabiduría. No soñemos, pues, con un gobierno para el pueblo; demos al pueblo las guías para desenvolverse en los negocios que exigen capacidad intelectual, guías que sirvan, al mismo tiempo, para asegurar la verdadera felicidad de las masas, es decir, para llevarlas al seno de la vida natural. No es una revolución lo que el pueblo necesita, sino una Reforma. De *Canguro* a la *Serpiente emplumada* el progreso es profundo, la madurez del pensamiento, definitiva. La *Serpiente emplumada* es el mito de la restauración de un pueblo mediante un mito religioso.

No nos imaginemos, por otra parte, que esa extensión de la simpatía a grupos enteros pueda conducirnos a una fraternidad gregaria. Las afinidades de la sangre son electivas y basta leer una sola obra de Lawrence para asistir al juego sutil de las simpatías y de las repulsiones según los movimientos de la sangre. No habrá una fraternidad única de la sangre—Lawrence es muy sensible a las razas, a los climas, incluso a las variaciones individuales; confía demasiado en su intuición de los contactos humanos para imaginar un idilio tan vulgar—. Si cada uno busca sus propias armonías y, sobre todo, si acepta ser de esta o aquella familia, las tensiones no serán artificiales y se resolverán armó-

nicamente. La misión del arte consiste, precisamente, en hacer presentir ese mundo de simpatía o de antipatía para extraer de él su poesía. La reforma sexual, moral, política, supone una reforma estética. No es el yo lo que debe interesar al artista, el pobre yo atado por la intelectualidad, hermético, tembloroso, apegado a unas cuantas ideas que él considera tesoros y que no son, en realidad, otra cosa que los barrotes de su celda. El dominio que la novela debe explorar es el dominio de la infrapsicología, el de las determinaciones oscuras y profundas ligadas a la palpitación de la sangre del universo. A veces, el mundo mental lawrenciano y los personajes de sus obras, nos despistan. De tal modo el estilo de sus retratos se aparta del de un Balzac, de un Dickens e incluso de un Dostoyewsky. Mas es necesario realizar nuestro acto de sumisión si queremos entrar en ese universo novelesco. Hemos de lanzarnos a la corriente común y apartar la sombra de los temas racionales para aceptar solamente los temas verdaderos, técnica en la que se advierte la similitud con el psicoanálisis, pero que en Lawrence se ha desarrollado independiente de las ideas de Freud, lo que le ha permitido conservar su agilidad sin transformarse en un método rígido y menos todavía en una delirante interpretación.

Vayamos un poco más lejos. Lo que el mecanismo de este pensamiento nos promete más allá de la comunión humana, es la comunión cósmica. Si dejamos que el árbol de la humanidad, a que nos hemos referido, arraigue en la vida del universo, la vida del universo lo nutrirá, y circulará en seguida en cada uno de nosotros. Las fronteras caerán, la simpatía borrará los límites entre los humanos y llegando más lejos, en un impulso de paganismo franciscano—si es que estas dos palabras pueden asociarse—nos unirá a los animales, a las plantas y a las piedras. El caballo es, sin duda, el animal con el cual Lawrence ha sentido mejor esa comunidad vital y de ella ha dado expresiones admirables en *La mujer y la bestia*. El mundo entero debe ser nues-

tro prójimo. El hecho de que los textos del *Apocalipsis* sobre esta unión vital con el cosmos hayan aparecido después de la muerte de Lawrence, los hace más patéticos. «La mayor diferencia que existe entre nosotros y el mundo pagano reside tal vez en la divergencia de nuestras relaciones con el cosmos. Para nosotros todo es personal. Los paisajes y el cielo forman un fondo deliciosos a nuestra vida individual, pero nada más. Incluso el universo científico es sólo una extensión de nuestra personalidad.

«Para el paganismo todo universo personal era totalmente indiferente. Pero el cosmos era algo real. El hombre *vivía* con el cosmos y lo sabía más potente que él...

«¿Quién es capaz de negar que el sol habla? El sol es una vasta conciencia deslumbrante, mientras que mi conciencia brilla con un débil resplandor. Pero cuando logro deshacerme del montón de sentimientos e ideas, cuando llego al yo solitario y desnudo, entonces el sol y yo, unidos indefectiblemente, cumulgamos durante horas. ¡Intercambio deslumbrante! El me da la vida, la vida solar y yo le envío mi pequeña luz venida del mundo donde la sangre brilla...

«Hay una correspondencia vital, eterna, entre nuestra sangre y el sol. Hay una correspondencia vital eterna, entre nuestros nervios y la luna. Si perdemos el contacto armónico con el sol y la luna, éstos se transformarán en dragones destructores y se levantarán contra nosotros...

«Cuando escucho a los señores de hoy quejarse de su soledad, comprendo la razón. Han perdido el cosmos. No es lo humano, ni lo personal lo que nos falta, sino la vida cósmica, el sol y la luna, en nuestro fondo entrañable...

«Sólo podremos poseer el sol si esta posesión es para nosotros un culto. Lo mismo podríamos decir de la luna».

Lo que Lawrence ha expresado aquí en forma dogmática y lírica, lo ha expuesto también en forma novelada en múltiples

ocasiones (1). Por lo demás ello expresa su pensamiento preferido. Lawrence es el hombre que profundiza constantemente una intuición. Aceptemos comunicar por una intuición perpetuamente presente con todas las formas de la vida. De este modo la vida se ordenará, se formará una jerarquía de especies vivas y, por fin, una jerarquía de valores nacerá espontáneamente. Debemos reconocer nuestro derecho a matar un puercoespín; debemos reconocer que el mundo de la vida no es igualitario sino aristocrático. Toda esta obra postula y afirma la sabiduría de la simbiosis.

Ese flujo vital común al universo, el que une a pájaros, bestias y flores, el del hombre, la piedra, el sol, ¿es Dios? La madre de Lawrence era congregacionista y dió a su hijo una educación religiosa normal a su clase y a su tiempo—finales del siglo XIX—. «Desde mi tierna infancia hasta la edad viril, dice, como pertenecía a la iglesia reformista, mi miserable conciencia fué nutrida con la Biblia hasta la saturación». La impregnación, por las prédicas y por la escuela dominical fué bastante profunda. Pero tal vez esa impregnación tuvo para el adolescente, sensible a todo aquello que le afectaba de cerca y opuesto a una mística lejana, un carácter un poco estético: «Extrañas, maravillosas noches negras de los *midlands* (2), con el silbido de las lámparas de gas en la capilla y el clamor de las fuertes voces de los mineros».

El hecho de que el último libro de Lawrence sea un comentario al apocalipsis, revela con claridad que, a lo largo de su carrera, la religión (la religión protestante, puesto que el catolicismo le parecía manchado por un inglés de un sentimentalismo retrógrado) fué una de sus preocupaciones. Sin embargo, no se advierte en su obra una crisis brutal y dolorosa, un paso dramático del cristianismo de su infancia al paganismo de su madurez.

(1) Por ejemplo, la novela corta *Sun* (*La amazona fugitiva*).

(2) Regiones del centro de Inglaterra.

Nadie duda que tenía razón cuando se autodefinía como un hombre «apasionadamente religioso» y que no podía escribir más que a partir de su profunda experiencia religiosa. Pero súbitamente, y sin crisis mística, empezó a considerar ese sentimiento religioso como absolutamente independiente de las creencias y dogmas del cristianismo. O si se prefiere, él lleva a su límite extremo el principio de la libre interpretación de las escrituras. Asimismo hemos tratado de demostrar que no hay sitio en su obra para la obscenidad o la pornografía, y que sus obras más audaces, si se miran desde su punto de vista, son perfectamente puras. De la misma manera, los textos que pueden aparecer como lamentables blasfemias, son a sus ojos interpretaciones válidas y respetuosas de lo sagrado. El sentimiento de lo sagrado era en él muy profundo e íntimo. Lawrence se entregaba esencialmente a lo que respetaba por encima de todo, a esa potencia de la sangre y de la vida que sostenía su pensamiento y su obra. Mas pronto advirtió que, a su modo de ver, no existía incompatibilidad entre esa intimidad sagrada y el sentido sacro de la religión en que había sido educado. El primer ejemplo significativo de este movimiento es, sin duda, el prólogo de *Amantes e hijos*, fechado a principios de 1913, y que se encuentra en su —correspondencia. Invierte, simplemente, la expresión de Evangelio de San Juan «El Verbo se ha hecho carne» y dice: «La carne se ha hecho Verbo». Porque Cristo, según él, se ha transformado en Verbo. Ya no queda nada de Cristo sobre la tierra, salvo tal vez un trozo de madera trabajado por sus manos de carpintero, y su palabra. Cristo es el Verbo. Y el padre es carne, pues la carne sólo puede venir de la carne y ha sido preciso, pues, que el Santo Espíritu sea carne o tome un gramo de ella al Padre. Nosotros conocemos al Dios Padre, el Irreconocible en la carne, es decir, en la mujer. «Ella es nuestra puerta de entrada y nuestra puerta de salida, por ella volvemos al Padre, pero como los tetigos de la Transfiguración: ciegos e inconscientes.

Al escribir esta singular muestra de su teología, Lawrence se burla un poco de sí mismo. Pero, con el tiempo, tomará más en serio su interpretación de las escrituras. Lo volveremos a encontrar en discusión con el cristianismo, sobre todo en algunas obras de su último período, como *La Serpiente emplumada* y, en fin, en su obra más profundamente chocante para un cristiano, *El hombre que estaba muerto*, novela corta en la que imagina que Cristo, descendido prematuramente de su cruz, despierta en su tumba, la carne maltratada, dolorido pero animado por un gusto irresistible de la vida. Se levantará, marchará, encontrará una sacerdotisa de Isis y conocerá con ella la experiencia que para él, Lawrence, ha sido siempre fundamental. Como se ve estamos ante una especie de blasfemia permanente. Pero para Lawrence nada fué más injusto y más amargo también que las reacciones del público ante la primera versión de esta obra cuando apareció en una revista norteamericana. Si su historia peca contra la interpretación tradicional del personaje de Jesús, no lo hace contra la verdad. Por el contrario y, ante todo, se trata de una obra bella...

Si existe por otra parte un conflicto entre el paganismo y el cristianismo es necesario buscarlo en *La serpiente emplumada*, la más alta expresión del pensamiento religioso de Lawrence. De todas maneras no es muy exacto hablar de conflicto: se trata más bien de una sustitución, de un relevo divino. Jesús, su madre y los santos han pasado de moda y duermen en lugar de retornar. Han cedido el lugar a Quetzalcoatl, el nuevo Señor. Si Lawrence no ha renunciado a hacer uso literario de los temas cristianos, en esta época parece haber comprendido que entre su paganismo de la sangre y de la vida y el cristianismo contemporáneo la distancia es muy grande para permitir la construcción de un puente. Abandona, pues, cortésmente el cristianismo, reservándose el derecho de mostrar, cuando es necesario, que se

puede dar una interpretación heterodoxa de acuerdo con su propia doctrina. Desde entonces insistirá en su religión personal.

Religión que es en lo que podemos esperar de él un paganismo magnífico y elemental. Rechacemos la religión tímida, los buenos sentimientos religiosos, la palidez que se impone voluntariamente al rostro exangüe del resucitado. Rechacemos el edificio refinado y complicado de las virtudes y de los ritos. Y volvamos a la base misma de la religión, de la experiencia de la sangre, de la comunión en la sangre, de la obediencia a la sangre. No se trata solamente de una experiencia (sexual), sino que es ante todo una experiencia religiosa. «Estoy convencido de que el hombre está enlazado al mundo de una manera religiosa, anticipadamente incluso a toda relación con su hermano el hombre», dice en una carta de la última época. Esta comunión espiritual con el cosmos es el alfa y el omega de la vida religiosa, es el contenido del acto de fe, la regla del acto de fidelidad. En nuestro mundo excesivamente nutrido de intelectualismo y, al mismo tiempo, muy alejado de la vida, es sin duda bueno, saludable, necesario, que ese paganismo recobre ante todo su rostro más extraño, incluso el más cruel, que ese Dios sombrío de la carne, de la sangre y de la naturaleza se presente, no bajo el aspecto de los mitos familiares del paganismo clásico, si no bajo aquellos más primitivos, más espantosos, más sanos también de los aztecas y de los etruscos. El rostro extraño y terrible de Quetzalcoatl puede inspirar de nuevo a los hombres un terror pánico, una verdadera angustia religiosa y llevarlos a la veneración de esa fuente de la vida, que es el fundamento de su religión. En el temor y en la alegría, en el sacrificio, pero en el sacrificio sangriento, en la liturgia, pero en la liturgia roja, en la comunión, pero en la comunión cósmica, encontraremos el sentido imprescriptible de Dios. Repitémoslo una vez más: toda la concepción del mundo de Lawrence está basada en una experiencia religiosa y por ello mismo, está ordenada para que pueda servir a los hombres de hoy.

* * *

Hemos tratado de interpretar de la manera más simple y fiel la concepción lawrenciana del mundo. El solo objeto de estas páginas es el de indicar a los hombres una fuente viva, de aproximarles y hacerles amar a un escritor que ha sufrido nuestro mal, que ha creído y que ha querido ser el profeta de un nuevo modo de existencia y de un mundo nuevo. Podemos fingir y engañar o desdeñar, como Murry, el proyecto de instalación en Taos, diciendo que se trata de un plan para intelectuales cansados y holgazanes. En un cierto sentido, Lawrence ha dado pie a tales críticas. Pero por encima de las tentativas de aquel falanstero, la llamada a una nueva vida subsiste y puede ser escuchada por todos. Podemos igualmente criticar las ideas de Lawrence, tanto más fácilmente cuanto que acabamos de descubrir sus debilidades, sistematizándoles en cierto modo por necesidades de la exposición; podemos lamentar su mediocre densidad filosófica, reconociendo a la vez la verdad de su relativa originalidad. Después de todo, y esto no deja de ser menos cierto, Lawrence es solamente un artista. Pero lo característico del artista es estar en el mundo como una presencia permanente e inquietante. Podemos decir todo esto y aprovecharlo para volver a nuestros más complicados y más originales juegos filosóficos, volviendo la espalda a la simplicidad de este artista, pero esta actitud sería farisea en relación con la vida y con el arte. Lo único que podemos saber es que el viejo mundo se desmorona, que muere a nuestro alrededor. Si no queremos hundirnos con él, si conservamos todavía alguna esperanza en nuestra verdad y en nuestra vida es necesario que nos apartemos de esta época de descomposición y que aceptemos la creencia en un mundo nuevo. Esta creencia es una fe y cuando tratamos de escrutar el rostro de ese mundo precisamos el contenido de nuestra fe. El carácter de esa fe triunfante constructura del mundo nos es desconocido. Tal vez venga

un nuevo cristianismo despierto y vigorizado. Tal vez un nuevo paganismo. Hoy las posibilidades parecen iguales e incluso, parece que es el cristianismo quien va a triunfar, mas para ello, deberá apropiarse en su beneficio de las grandes voces que llaman al hombre a la tierra carnal. Lawrence es el hombre de nuestro tiempo que ha realizado el más violento y el bello esfuerzo para resucitar el Gran Pan que estaba muerto y del cual tenemos necesidad de nuevo.

(Traducción de A. R. R.).